

HORAS FELICES



RAMON SOPENA • EDITOR



00132688

DONACION

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 15 de junio de 1917.

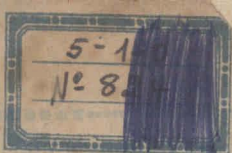
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, pbro.
SCRIO. CANC.

*Luzana
M. Soledad*

*Signatura 1-8.3
5 h
Invent.*



308

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

HORAS *de*
FELICES



*Ilustrado con cuatro láminas
en tricolor, quince grabados en bicolor
y treinta y seis en negro*



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97.

Derechos reservados.



EL CASTIGO DE PAT



—¿DE qué me sirve, Patricio, repetirte las cosas una y otra vez?

Pat no lo sabía; así, pues, no dijo nada; además, cuando tía Elena le llamaba “Patricio” significaba que la cosa iba de veras.

—Este es el segundo cristal que has roto esta semana, Patricio.

—Sí, tía Elena.

—Aparte de una copa, un vaso y mi búcaro, el pequeño.

—Sí, tía Elena—repitió el niño tristemente.

—Algo hay que hacer para que seas más cuidadoso; esto no puede continuar así, caballerito.

—No, tía Elena (el tono de Pat, al decir esto, no brindaba muchas esperanzas). Pero no tengo yo la culpa, pues es mi pelota la que no va por buen camino—dijo.

—Sentiré mucho tener que castigarte, Pat; pero á la primera vez que rompas algo, te vas á ir en seguida á la cama. ¿Me has comprendido?

—Sí tía, Elena. Procuraré corregirme; ya verá usted.



Pat, sentado sobre una mesita, se quedó muy triste.

Pasaron tres días, durante los cuales, Pat puso sumo cuidado en no romper nada. Pero en la tarde del cuarto, tía Elena, que había estado fuera algunas horas, llegó más retrasada que de costumbre.

—¿Dónde está el señorito Patricio, María?—preguntó.

—Está en la cama, señora.

Tía Elena subió corriendo las escaleras, y llena de inquietud entró en la alcoba del niño.

—Pat, hijo mío, ¿qué te sucede? ¿estás enfermo?—exclamó.

—No, tía, pero esta tarde, jugando con mi primita, he roto un plato y me he metido en cama para aprender á tener más cuidado—repuso Pat.





Excelente capitana,
a sus perros ejercita,

contenta, alegre y ufana,
la graciosa Margarita.

EL SEÑOR HIPO



ÉRASE un policía que estaba generalmente de servicio, siguiendo con la vista el flujo y el reflujo de la multitud que pululaba en todas direcciones y deteniendo á aquellos individuos que hacían algo malo. Un



día hizo fiesta y se fué á ver un partido de pelota; pero el jugador Rino hizo un saque con mucha fuerza, el señor Hipo tenía la boca abierta y la pelota se metió en su gáznate, sin que él pudiera hacerla salir á pesar de sus esfuerzos... ¡Era pelota perdida! El señor Hipo tuvo mucho cuidado en adelante de no volver á pisar ningún frontón.

EN BUSCA DE MENINA



—¿ESTA aquí Menina?—dijo Amalia una mañana. Cuando la vi por última vez estaba en el cuarto del calzado.

Pero nadie supo responder á la pregunta.

La niña, un poco intrigada, y deseosa de encontrar á Menina, buscóla por toda la casa.

Pero todo fué inútil. La linda gatita, juguetona y traviesa como un diablillo, habíase, indudablemente, ocultado en alguna parte, y se obstinaba en no salir.

Un poco más tarde, Amalia salió con su niñera y vieron á un caballero muy elegante que se dirigía hacia ellas.

Al acercarse, miró á Amalia de un modo tan cariñoso, que la niña pensó que tal vez podría ayudarlas en algo.

—Dispense usted, ¿ha visto usted á Menina?—preguntó con timidez.

El caballero se reía.

—Está en el campo—contestó señalando el camino á lo lejos.

Pero al llegar al campo, Amalia sólo vió á una niña de su misma edad, jugando entre la hierba.

—Sí, yo soy Menina—dijo la niña respondiendo á su pregunta,—y aquí viene papá.

Amalia se rió mucho de la equivocación cuando el caballero se reunió á ellas; pero encontró en su nueva



amiga una compañera tan agradable, que después explicaba á su gatita la alegría que había experimentado cuando, buscando una menina, halló otra de muy diferente clase.

EL CANGURO
QUE NO PUEDE PERDERSE



BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
EXP. N° 10 - DEL EXPERIMENTAL SAN MARTIN

CIERTAMENTE era aquél un canguro muy fastidioso, que corría por toda la casa. Un día se ocultó en el armario de la cocina; otro día, se le encontró en la carbonera. Todas las noches desaparecía y cada noche también **Babi** se negaba á ir á la cama sin él. Le quería entrañablemente; pero Carlos, Juana y la niñera, le aborrecían.

Por fin llegó un día en que el animal desapareció y todos se quedaron muy contentos.

—Se ha perdido—decía la niñera.—He buscado arriba por todas partes y no lo he podido encontrar.

—Y yo he mirado abajo en todos los rincones, y tampoco he podido dar con él—añadía Carlos.

—Y yo para nada le necesito—terminó Juana. Entonces llamaron á la puerta.

—La señora del piso de enfrente desea hablar con usted un minuto, señora—dijo Juana á mamá.

Y en seguida se marchó á la cocina con aire muy triste.

Sonó la campanilla.

—Me temo que es...—exclamó.

—¡No digas eso!—interrumpió Carlos.

—La niñera ha ido á llevar á **Babi** al salón—dijo Juana.—La vecina ha encontrado al canguro y lo ha devuelto. ¡Cuánto lo siento!

—Más lo siento yo—replicó Carlos;—te aseguro que ese animal ha llegado á hacérseme verdaderamente antipático.



Entretanto, cuando Babi vió al canguro sentado en el sofá, brincó de alegría. Le amaba muy tiernamente.

PASEO AL BOSQUE



—AHORA que la niñera se ha marchado, podemos escapar—dijo Vicenta.

—Sí—contestó Lolita.

La niñera se había ido á la cocina y dejado á las niñas tomando el te.

—Guarda el pan y la manteca en tu saco—añadió Vicenta—y vámonos.

Las dos pequeñuelas se las compusieron de manera que llegaron sin ningún contratiempo al bosque que se extendía detrás de la casa. Caminaron largo rato, y al cabo se sint'eron tan cansadas, que Lolita se puso á llorar.

PASEO AL BOSQUE

—No llores, nena. Allí hay una luz; mira por entre los árboles.

—Paren ustedes—gritó Vicenta.

Y el carruaje se detuvo.

—¡Hola! ¿Adónde ibais por aquí?—dijo un caballero, el señor Hunter, subiendo á las niñas á su coche.



Al llegar á su casa, el señor Hunter hizo que Vicentita le dijera su nombre, y puso un telegrama á su padre, comunicándole que las niñas estaban en salvo.

La señora Hunter las metió en seguida en cama y ellas durmieron hasta que las campanas de la iglesia las despertaron. Entonces vieron desde la ventana á las niñas regresando de la escuela dominical.

—En las ciudades se llevan vestidos muy elegantes—dijo Vicenta á Lolita.

ELSA EN LA FERIA



EN el pequeño y tranquilo pueblo en que Elsa Thomas vivía, estaba instalada una feria. Había allí columpios, tíos-vivos y toda clase de diversiones. Por la noche, luminarias, órganos ruidosos y alegres niños de ambos sexos, todo lo cual hacía las delicias de Elsa. Pero sólo una cosa la intrigaba.

—Padre—decía,—¿dónde viven las señoras y los caballeros de la feria?

Su padre, riéndose, repuso:

—Ya lo verás por la mañana.

Al día siguiente salieron más temprano, y en el campo, detrás de los columpios y tíos-vivos, vieron unos cuantos vagones de alegre aspecto, pintados de colores vivos, con sus techos y pequeñas ventanas con cortinillas.

—¡Oh, papá, qué casetas de baño tan grandes!—gritó Elsa.

—No son casetas de baño, son verdaderas casas—dijo su padre.

—Pero están sobre ruedas—replicó Elsa,—y, además, no deben poder dormir en ellas; ¿cómo se puede vivir en estos carros?

Dieron la vuelta al campo y, curioseando, examinaron algunos de los carros de la caravana, cuyas puertas permanecían abiertas. Elsa pudo ver con sorpresa que todos estaban amueblados y en cada

uno había una pequeña estufa en la que se cocía el almuerzo.



Cada uno de aquellos carros ofrecía, realmente, el interior de un hogar.

—Muy bien—dijo Elsa;—esta gente me hace el efecto de los caracoles, que siempre llevan su casa á cuestas.

MUCHO CALOR



—HOY hace mucho calor—observó el señor Saltarín, que había venido á ver al señor y á la señora de Gruñón, precisamente á la hora de tomar el te.

—Sí, hace mucho calor—asintió la señora de Gruñón.

—Y el te —dijo el señor Saltarín —calienta más aún; pero estoy se-

guro de que á usted le refresca maravillosamente, después de todo.

La señora de Gruñón estaba ocupada en la tarea de llenar de agua hirviente la tetera, cuando hete aquí que cae dentro de ella una corpulenta oruga.

¡Qué salto dieron todos!

—¡Dios mío!—decía el señor Gruñón resoplando y abanicándose con su rebanada.—Ahora tengo más calor que nunca.

—¿Y qué diré yo, pobre de mí?—preguntó la oruga.

—¿Tú?—replicó la señora de Gruñón, indignada.

—En el pecado llevas la penitencia.



Atravesando los campos
van los tres reyes de Oriente
camino de las ciudades,

pero, antes de que a ellas lleguen,
encuentran miles de niños,
y a todos les dan juguetes.



MALA PESCA



EL valiente pescador Gil prepara sus redes, lanza su barca al mar y se pierde en el inmenso Océano, en busca de una buena pesca.

Los chicos de la vecindad gritan al verle partir:

—¡Ya sabemos lo que nos va á traer Gil! Siempre nos trae lo que más nos gusta.

—¡Sardinas!—gritó Pedro.

—¡Lenguados!—replicó Tomás.

—¡Merluzas!—intervino Juanita.

El valiente pescador Gil volvió, al fin, en su ligera y bonita barca, y los chicos de la vecindad, que estaban aguardándole, le gritaron apenas saltó en tierra.

—¿Qué nos traes hoy, Gil? ¿Nos darás lo que más nos gusta á cada uno?

—Lo siento—repuso el pescador burlonamente;—hoy sólo habrá pescado para mí, pues no traigo más que un besugo y vosotros sois nueve.

Los chicos se quedaron contemplando á Gil con la boca abierta, y por poco rompen á llorar, al ver defraudadas sus esperanzas.



Antonio, Luis y Rosario,
tres hermanitos muy buenos,
fueron a comer al campo
con su papá y con su perro.

Apenas habían tomado,
sobre unas rocas, asiento,
vieron llegar por el aire
un águila, y al momento

el papá, para asustarla,
dando gritos, descompuesto,
subióse sobre una peña;
pero el avechicho fiero
apoderóse del can,
que se defendió, mordiendo
al águila en una pata
y aullando muy lastimero.

LOS DÍAS EN LA ESCUELA



—DECIDIDAMENTE, Jorge debe ir á la escuela —dijo la mamá un día en que al volver á casa encontró una cascada en miniatura saltando de escalón en escalón.

Jorge había abierto la espita del agua del cuarto



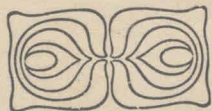
de baño, para poder hacer navegar su bote en la bañera, y se olvidó de cerrarla al ir á jugar un partido de pelota con el niño del piso de al lado.

—Esta es la tercera diablura que has hecho hoy, Jorge—dijo su madre con tristeza,—y la niñera está tan apurada con tus continuas escapatorias cuando sale á paseo contigo, que la he prometido mandarte á la escuela.

—¡Ay, qué gusto!—dijo Jorge con no poca sorpresa de su madre.—Sólo te ruego me dejes ir á la escuela á que va Donato, pues allí aprenden á marchar, á dibujar, á hacer cestos y otras muchas cosas, muy lindas todas, á más del A B C.

—Esto es lo que le conviene—pensó la madre.

Y como era amiga de hacer las cosas pronto, al día siguiente, Jorge se encontraba sentado al lado de Donato, ocupándose en los trabajos propios de los Jardines de la Infancia.



CÓMO FUERON A PESCAR



BIBLIOTECA JOSÉ M. ESTRADA
ESC. N.º 16 - EXPERIMENTAL SAN MARCO

—ME gustaría que me llevaras contigo—dijo la prima Cati.

—Pero es que voy á pescar—repuso Franz.

—¿Acaso no puedo aprender yo también á pescar?

La prima Cati, al hablar así, guiñaba el ojo, pero Franz no vió aquel gesto.

—Desde luego, puedes acompañarme, si te place—dijo—pero las chicas siempre dejáis los anzuelos colgados por los árboles y...

—Y no atrapamos ningún pez, ¿no es eso?—interrumpió riendo la primita.

Mas al reunirse otra vez con Franz, exclamó alegremente:

—Tío Jaime me ha prestado una caña.

—¡Cómo! ¡su caña nueva!—exclamó Franz sorprendido.

Cuando estuvieron sentados á orillas del río, echaron ambos anzuelos y él enseñaba á Cati la manera de sostener la caña.

De pronto se hundió el flotador del sedal de la primita.

—¡Un pescado!—exclamó sacando una perca.

—¡Muy bien!—dijo Franz.—Ahora me toca á mí.

Pero no; ya Cati tenía cuatro, cuando él no había cogido uno solo.

—Sabes pescar mejor que yo—aseguró Franz.—

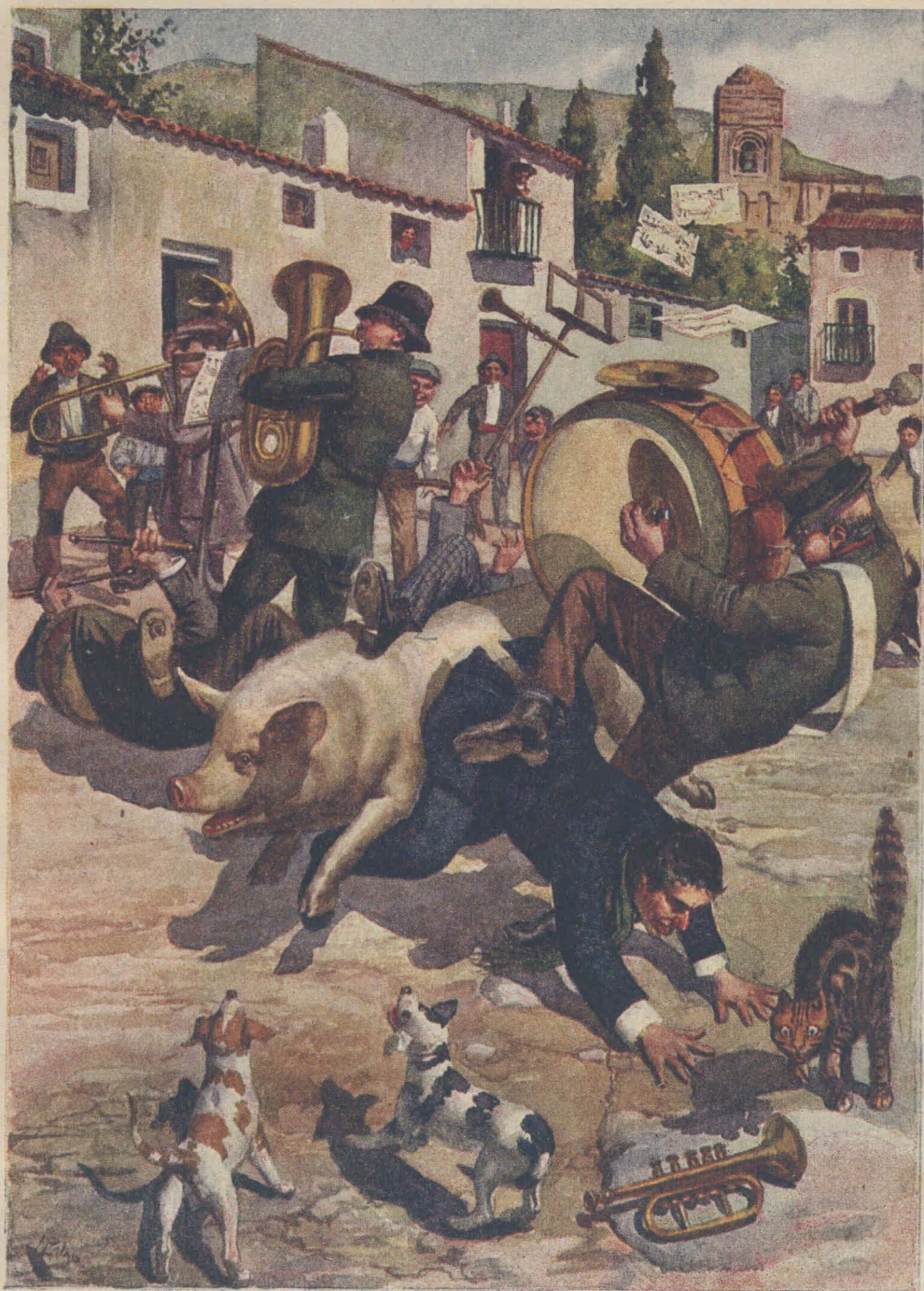
Pero á mí no me la das: tú has aprendido antes de ahora.

Su prima se reía alegremente.

—Pues sí, es verdad, querido Franz; tío Jaime me enseñó á pescar años atrás, cuando tú eras aún un niño de teta. Pero mira, tu corcho acaba de hundirse; creo que has cogido algo.

En efecto, Franz dió un buen tirón á su caña y sacó el barbo mayor de todos.





Tocando estaba una murga
en una plaza del pueblo,
cuando un cerdo, desmandado,

pasó por allí corriendo
y echó a rodar a los músicos,
poniendo fin al concierto.

UN FELIZ HALLAZGO



—YA encontré algo—dijo Enrique, recogiendo un objeto reluciente en un parterre del jardín del abuelito.

Su mirada había sido atraída por el brillo del oro sobre el fondo oscuro de las hojas, y cuando vió que el hallazgo era una joya muy linda, pensó guardarla para sí.

—Voy á decir al abuelito si me puedo guardar esto—dijo, corriendo hacia el anciano, que andaba por el jardín, muy entretenido en cuidar sus flores.

—Mira lo que he encontrado, abuelito; ¿me lo puedo guardar?

Con gran sorpresa suya vió que su abuelito le cogía y le besaba muy alegre, diciéndole que era un buen muchacho.

No obstante, el hecho en sí, como la alegría del anciano, tenía una explicación muy sencilla.

Enrique lo supo en seguida.

Se trataba de un dije que muchos años atrás le había regalado la abuela de Enrique, y que, desprendiéndose de la cadena de su reloj, se le perdió cierto día.

—Esto no puedo dártelo, Enrique—dijo,—pero te diré lo que voy á hacer. Voy á comprarte un reloj pequeñito, muy lindo. ¿Te conviene el cambio?

Y Enrique lo aceptó de buena gana.



—Mira lo que he encontrado, abuelito...

UN BANQUETE DE PESCADO



LAS islas de Karrawa se encuentran en un paraje ignorado, en el mar, y jamás han sido holladas por la planta de un navegante.

Sus habitantes son negros, más negros que el betún, que el carbón y que todo lo negro; no hay nada comparable á la negrura de aquellos indígenas.

Entre estos buenos salvajes se distingue el joven Bambula, pescador de oficio,

amigo de diversiones y más negro que todos ellos.

Un día, que se hallaba pescando, sacó, clavada en el anzuelo, una corpulenta ave y, á la vista de tan extraña pesca, el joven Bambula lanzó una estruendosa carcajada que dilató sus mandíbulas con una mueca de un horror indescriptible.

A la admiración del alegre salvaje, uniósse la de un gran pelícano, que, posado en una roca, no lejos de él, decíase para sus adentros:



—Menudo banquete que me voy á dar si éste saca buena pesca.

Al fin, Bambula, cansado de reír, exclamó:

—Ahora si que lo he cogido.

Y, volviendo á tirar del sedal, sacó, clavada en el anzuelo, una enorme sardina.

—Esta es la mía— se dijo el pelícano.

Y arrojóse apresuradamente sobre la sardina, tragándosela con anzuelo y todo, el cual, clavándosele en el gáznate, se negaba obstinadamente á salir.



Rendido de luchar en vano, el pobre pelícano se vió obligado á seguir á Bambula, que, montando sobre él, entró en el pueblo, admirando profundamente á sus paisanos con aquella extraña cabalgadura.

Los chicos, sobre todo, reían y alborotaban, siguiendo á Bambula y á su singular y bípedo caballo, y burlándose á grito herido.

—¡Arrel! ¡euac! ¡euac! ¡no te morirás de hambre por falta de pico!

Con éstas y parecidas invectivas, mofábanse del desventurado pelícano que, por su glotonería, se vió condenado á vivir siempre bajo el pesado dominio del negro Bambula.

Moraleja: No comas hasta que te inviten, pues el burlador resulta muchas veces burlado.

EL REGALO DE DONATO



—PUEDE usted llevárselo, niñera—dijo Donato tirando el juguete al suelo.—No lo necesito ya más.

—No es una razón el hecho de que no lo necesites ahora, para que lo desprecies de ese modo—repuso la niñera.

—Es que tampoco lo necesitaré luego—replicó Donato con aire displicente;—ya estoy cansado de ese juguete, y puede usted tirarlo, si gusta.

—Sería una injusticia—dijo la niñera,—tirar un juguete tan mono.

En aquel instante llegaba la mamá.

—Donato—exclamó.—Deseo que vengas conmigo á devolver una visita.

Donato se puso el sombrero, no de muy buena gana; ¡pero cuál no sería su sorpresa al ver que la visita era á un asilo de niños pobres! En una sala muy grande vieron á un gran número de niños y niñas, todos ocupados en un trabajo ú otro. Donato se hizo amigo de algunos de los muchachos, y éstos le dijeron que les proporcionaría un gran placer si quería enviarles algunos juguetes viejos ó libros que no necesitara.

Cuando él oyó este ruego, acordóse de las palabras que pronunciara al presentarse su madre; y así que llegó á casa recogió, muy contento, el juguete que había despreciado, para enviarlo á aquellos niños.

Y no fué aquél el único que puso en el paquete...



—Puede usted llevárselo, niñera—dijo Donato tirando el juguete al suelo.

LA MERIENDA



LOS padre de Tomasito decidieron festejar, con un día de campo, las brillantes notas que el niño había obtenido en los últimos exámenes.

Abandonaron, pues, la ciudad, llenos de gozo, pues hacía un día magnífico, y, una vez en el campo, Tomasito gritó con voz campanuda, y echándolas de hombre:

—Yo quiero llevar algo; dadme el cesto de la merienda.

Pero su bondadosa madre le replicó cariñosamente:

—Es muy grande para ti y te pesará demasiado.

—De ningún modo; verás cómo no es así.

Y, apoderándose del cesto, echó á correr precipitadamente.

Apenas llegaron al paraje designado de antemano, el papá de Tomasito dijo á éste:

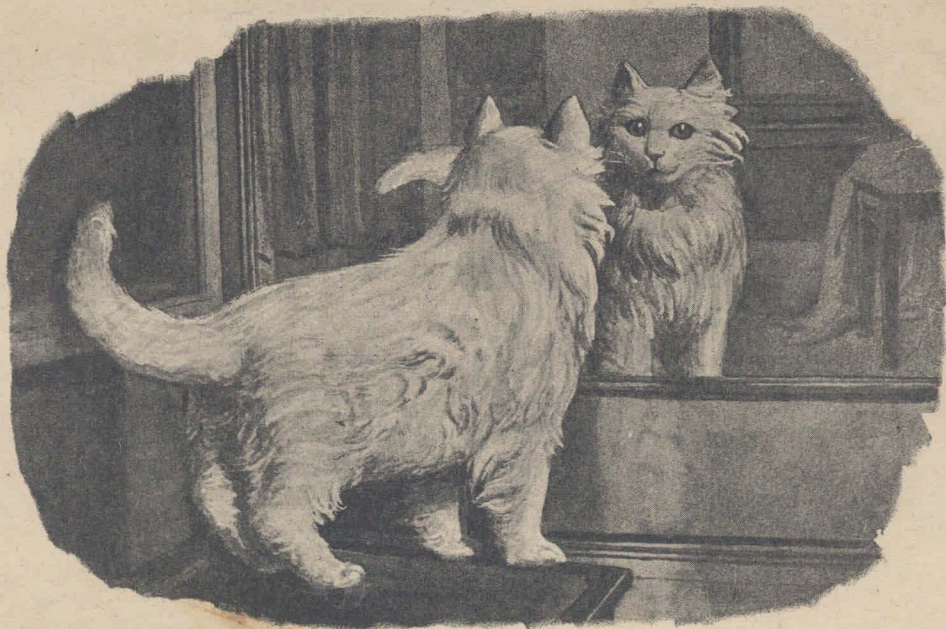
—Vamos, pon en el suelo la cesta y saca los manjares que hay en ella; merendaremos en seguida, pues la caminata me ha abierto un apetito enorme.

Pero Tomasito, en vez de hacer lo que se le mandaba, se quedó mirando á su padre con los ojos muy abiertos y, balbuceando, repuso:

—¿Cómo los voy á sacar, si me lo he comido todo?

Pintar la desagradable sorpresa de los padres de Tomasito sería empresa ardua. Baste, pues, decir, que aquel día, que ellos creían que sería tan divertido, lo pasaron en ayunas y que, en lo sucesivo, se guardaron muy bien de hacer al pequeño glotón depositario de la merienda.





EL GATO DEL ESPEJO



EL mosqueado minino tenía miedo al ver que otro gato le imitaba tan bien. Si el gatito alargaba una pata, el otro hacía lo mismo; si encorvaba el lomo, su imitador adoptaba idéntica posición. Pero cuando el primero dió un salto salvaje y vió que el otro hacía lo propio, dando media vuelta se marchó al lado de su madre á toda prisa.

—Mira, hijo mío—le dijo ésta;—ese gato que has creído ver, debe haber sido tu propia imagen, reflejada en un espejo. Tu miedo no reconoce otra causa, ciertamente, que una ilusión producida por el azogado cristal.

Y tenía razón, pues así era en efecto.

UN AMIGO EN LA NECESIDAD



—¡CELIA descalza! ¡Celia descalza!

Celia se alzó sobre el peldaño en que estaba sentada, para mirar al grupo de muchachos callejeros que se burlaban de ella.

Enfurecida, gritó:

—Si te cojo, Luis Baquero, ó á ti, Tomás Terán, os voy á arrancar las orejas.

Y Celia iba á lanzarse hacia los bribonzuelos; pero un brazo robusto la contuvo, obligándola á retroceder.

—¿Qué es esto, chiquilla?—dijo el que la sujetaba (un caballero alto y de sonrisa bondadosa).—Vamos; ven conmigo y veremos si puedo auxiliarte en algo.

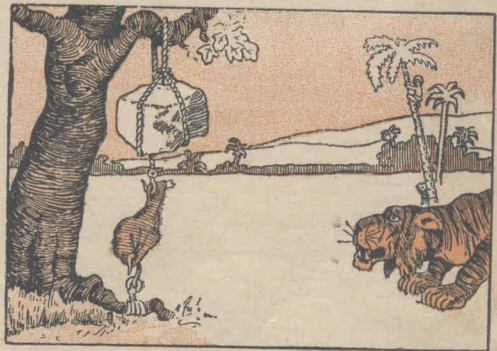
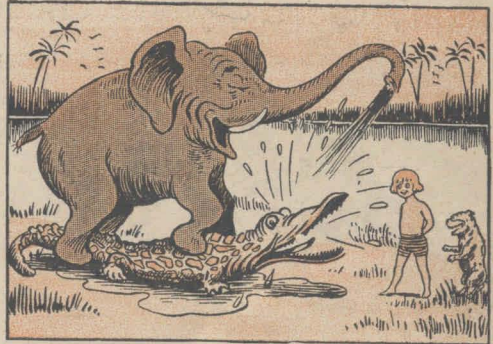
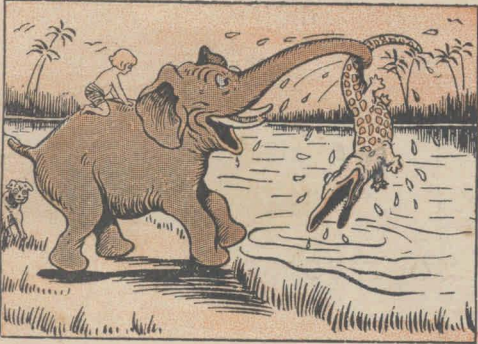
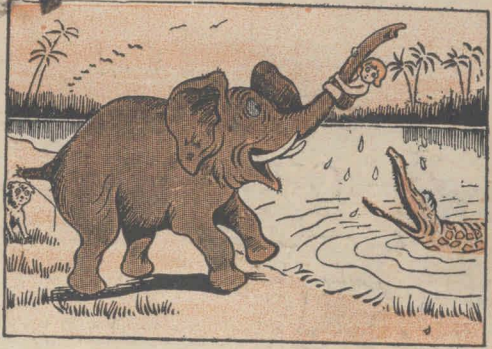
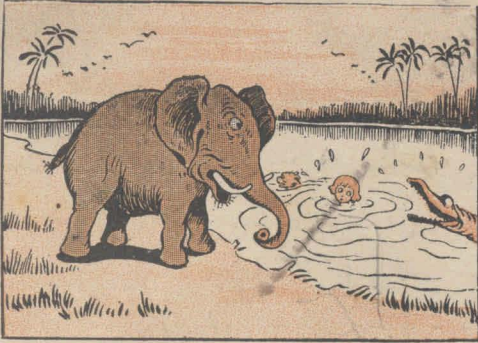
Mientras Celia se encaminaba con él á un gran bazar, le contó cómo había tenido que abandonar la escuela porque sus zapatos estaban destrozados y sus compañeras se burlaban de ella.

—Pronto estará eso arreglado—repuso su protector.

Y antes de separarse de él tenía ya un lindo par de zapatos, un sombrero y un abrigo. Y Celia era la muchacha más feliz del barrio.

DOS NUEVAS HAZAÑAS DE JUANITO Y SU PERRO

(HISTORIETAS MUDAS)



POR QUÉ REÑÍA PEDRITO



—¿QUÉ significa eso, Pedrito?—dijo la señora de Mateu.—Cuando viniste á esta casa para ayudar al jardinero, me dijeron que eras un muchacho trabajador y de buena conducta. Y aun no hace un mes que estás aquí, cuando ya te encuentro peleando con Gerardo Jeros.

Pedrito inclinó la cabeza sin responder nada.

—Si no me dices por qué reñas, me habré de ver en el caso de tener que despedirte—continuaba la señora de Mateu.—No quiero muchachos penden-
cieros.

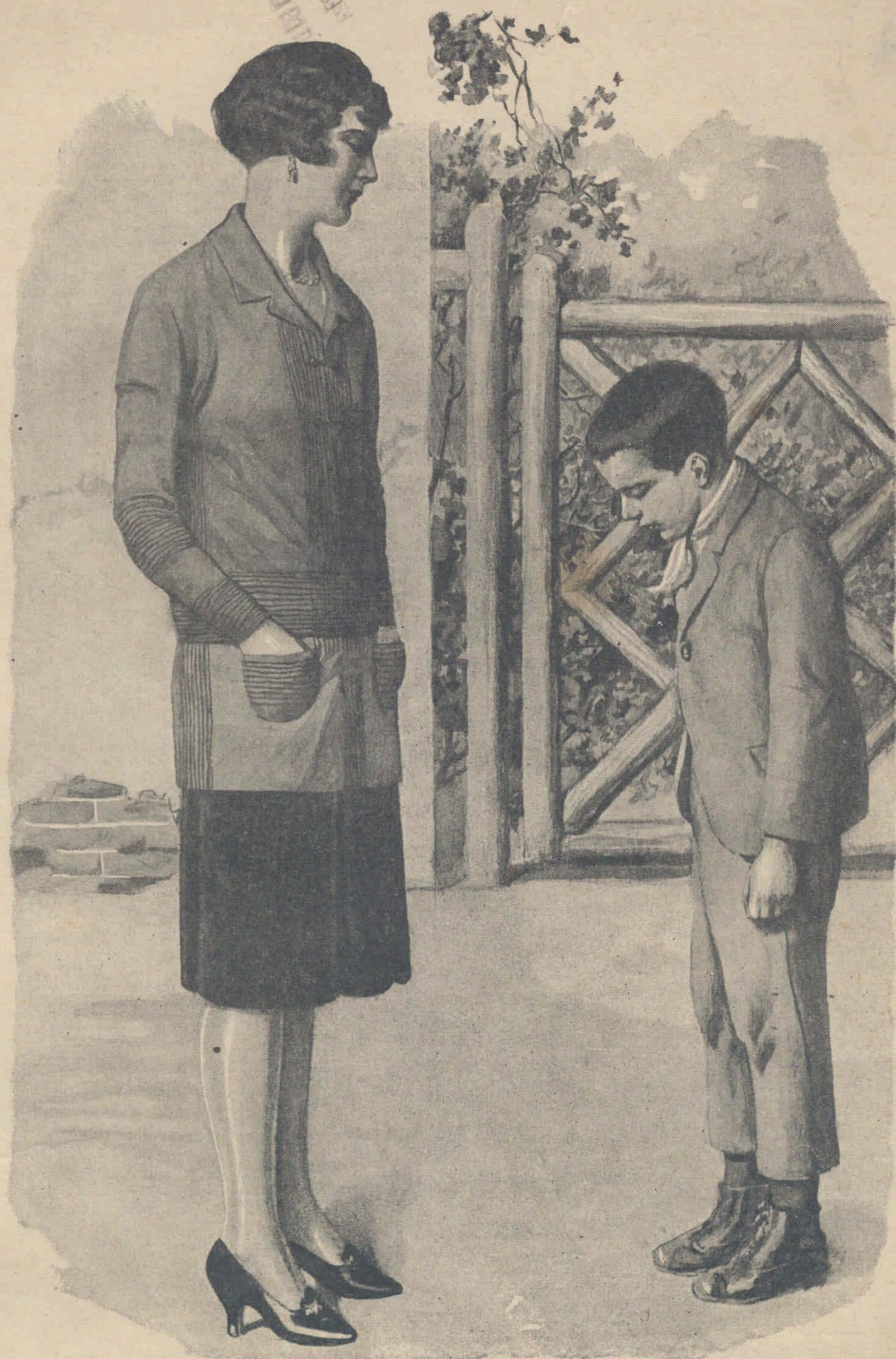
—Ha sido por culpa de Gerardo—repuso Pedrito;—él fué quien empezó.

—¿Por qué?—preguntó la señora de Mateu.—Insisto en querer saberlo todo.

—Pues bien—dijo por último Pedrito;—Gerardo quería que me fuese con él á trabajar, y como yo le dijera que prefería continuar aquí, me insultó y entonces fué cuando yo le pegué.

—Has hecho muy mal en ello—observó la señora de Mateu.—Como sepa que lo haces otra vez, entonces sí que tendrás que marcharte de veras y no te valdrá disculpa alguna.

Pero Pedrito no se ha marchado aún hasta la fecha.



¿Qué significa eso, Pedrito?

UN SUSTO



FILIS se marchó corriendo á casa para recoger su muñeca, abandonando á los dos mellizos que la nodriza había dejado á su cargo mientras estaba ocupada amontonando el heno. A su vuelta, se encontró Filis con



que los labradores se habían marchado á comer, y observó con espanto que los mellizos no estaban ya allí.

Muy asustada, echó á correr hacia el camino, por el que llegaba, al paso, una carreta.

—¡Ay, Juan!—exclamó Filis—¡los mellizos se han perdido!

—No, señorita; no pase ningún cuidado—contestó el chico de la granja.—Están durmiendo muy tranquilos sobre las gavillas.



Pronto encontró Filis á sus hermanitos. ¡Cuán contenta se puso y cómo se los comía á besos, reprochándose á sí misma su descuido!

PAT ENCUENTRA UN NUEVO HOGAR



—¿QUÉ estás haciendo en nuestro cobertizo?—
dijo Leticia á un pobre muchacho descalzo que en-
contró descansando sobre un montón de paja.

—¡Oh! ¡por favor, señorita, no me arroje usted de
aquí! Mi madre ha muerto y no tengo casa.



—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Patricio, señorita.

—¿No tienes padre, Pat?

—No, señorita; murió hace años y mi madre se
ganaba la vida lavando, pero cogió un resfriado y
ahora se ha muerto, dejándome solo y desamparado.

—¡Pobre Pat! Papá esta fuera, pero se lo diré en cuanto vuelva. ¿Tienes hambre?

—Un hambre horrible, señorita.

Leticia corrió á su casa, regresando á los pocos momentos con un gran trozo de pan, queso y un vaso de leche. El pobre muchacho estaba desfallecido; pero después de haber tomado alimento, dió las gracias á Leticia y rezó una oración. Ella se avergonzó un tanto, porque muchas veces se olvidaba de hacerlo después de comer.

Cuando el huérfano hubo terminado, Leticia dijo:

—Ahora voy en busca de papá. Pero, ¡calle! ahí viene. Oye, papá; Pat no tiene casa y tú decías que necesitabas un muchacho.

—Es cierto, Leticia. Ya hablaré con Pat sobre eso.

No hubo dificultad en arreglar el asunto, y á partir de aquel instante Pat no se encontró ya nunca sumido en el desamparo.



EL CUERVO DILIGENTE



EL joven Cristóbal habíase portado en la escuela, aquella mañana, como un estudiante modelo. Supo perfectamente sus lecciones de memoria, presentó sus problemas de aritmética, sin que hubiera necesidad de enmendarle una sola cifra y, por último, dió su clase de análisis gramatical sin equivocarse ni titubear lo más mínimo.

Salió, pues, de la escuela, alegre, con la satisfacción del deber cumplido, y, quién sabe, si esperando obtener la pronta y justa recompensa de su comportamiento.

Pero, en medio de tan bellas cualidades, Cristóbal tenía un defecto pésimo: era

muy distraído, y sabido es que la distracción expone á no pocos percances, de los cuales, algunos no dejan de ser harto desagradables.

Y he aquí el que aconteció al joven Cristóbal:

Cubría su cabeza con una gran gorra de lana, felpuda, blanda, caliente, una gorra magnífica para los crudos fríos del invierno.

Caminaba Cristóbal con diligencia, deseoso de llegar á su casa y, distraído como de costumbre, no observó que dos cuervos estaban espiándole atentamente, dispuestos, sin duda, á hacer al muchacho víctima de alguno de sus peculiares golpes de mano.

Si Cristóbal hubiera sido tan cauto como era buen estu-



do cuenta del robo de que acababa de ser víctima, púsose á llorar, á gritar y á patear de cólera. Pero todo resultó inútil, pues el ladrón no pensaba en devolver la prenda robada.

Lejos de esto, burlábase del distraído Cristóbal, desde lo alto de una rama, mientras la señora Cuervo le decía, contemplando la gorra con entusiasmo:

—¡Vaya un nido soberbio que vamos á tener esta primavera!

diente, no se hubiese fiado de los dos cuervos que le espían, pues bien conocida es la rapacidad de estos animales.

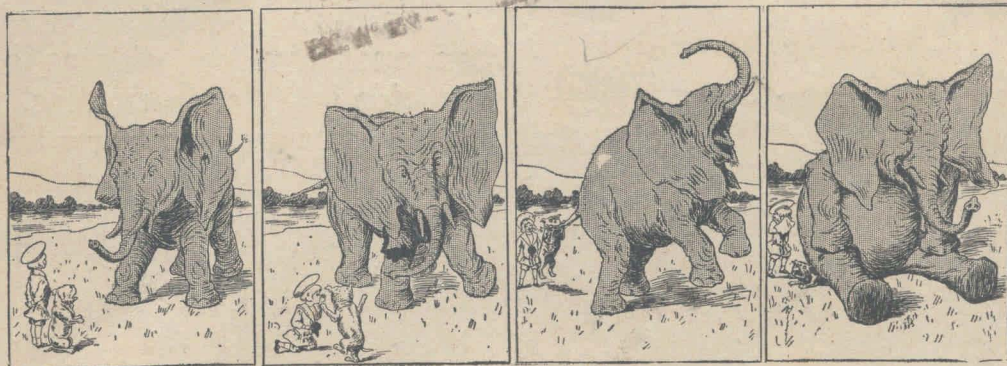
De pronto, uno de los cuervos, el macho sin duda, pues en tales casos suele ser el más atrevido, abatióse sobre él, y asiendo con el pico la gorra, por la soberbia borla que ostentaba, echó á volar, llevándosela por los aires.

Profundamente sorprendido, como es de suponer, Cristóbal, apenas se hubo da-



LA ASTUCIA Y LA FUERZA

(HISTORIETA MUDA)



LA PEQUEÑA ALEGRÍA



UNA mañana, al sacar Jaime Davis su carretón del cobertizo donde lo encerraba durante la noche, encontró algo que no había seguramente en él, cuando lo dejó allí la noche anterior. Era un paquete envuelto en un chal viejo, y al desenvolverlo, se encontró con una linda niña de pocos meses, que le sonreía.

La tomó en sus brazos y la llevó á su esposa, creyendo al principio que se trataba de una broma y que pronto vendría alguien á reclamar la niña; mas pasó el tiempo y nadie venía en busca de la pequeña Alegría, como Jaime había dado en llamarla.

La niña fué creciendo bajo sus cuidados y pronto fué una linda muchacha, que era el contento de su hogar. ¡Cuán orgulloso estaba Jaime de ella! Los pri-

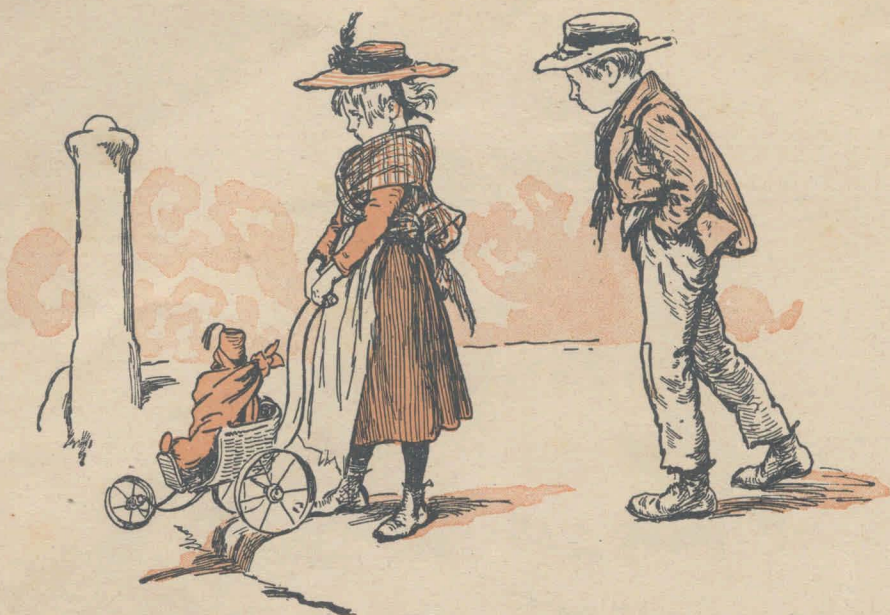
LA PEQUEÑA ALEGRÍA

meros pasos que dió y las primeras palabras que pronunció con su torpe lengua, eran para él cosas admirables; y más tarde, al advertir que tenía una linda voz y que alegraba á todo el mundo con sus dulces cantos, no cesaba de bendecir el instante en que encontró á su pequeña Alegría.



La esposa de Jaime no se hallaba menos satisfecha que su marido con el hallazgo de la linda niña, ni la quería menos que aquél. Educóla con todo esmero, inculcando en su tierno

corazón los sentimientos más generosos y, como el Cielo no le había concedido hijos en su matrimonio, la pequeña Alegría fué para ella la más cariñosa y amante de las hijas, constituyendo, además, para su madre adoptiva un motivo de orgullo, al ver que, en todas las reuniones donde la llevaba, captábase las simpatías generales por su bondad y belleza.



LA PENA DE SUSANA



TRISTE y melancólica caminaba la pequeña Susana, empujando el cochecito de su muñeca, y sin aparentar que oía las interpelaciones que le dirigía su amigo Pedro.

—¡Ya sé por qué estás triste!—exclamó de pronto éste.—Estás triste porque sabes que me embarco mañana en un buque, como grumete.

Por fin, la niña hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Y qué culpa tengo yo?—preguntó Pedro.—Estoy tan triste como tú, pero no puedo remediarlo.

—Pues llévame contigo—replicó resueltamente Susana.

—¡Caracoles! Eso no puede ser—repuso Pedro, una vez repuesto de su sorpresa.

—¿Por qué?—preguntó cándidamente la afligida muchacha.

—Pues... pues—contestó Pedro, sin poder hallar á mano un argumento convincente,—porque las faldas te estorbarán para subir á las vergas. Aguarda, pues, á que yo sea capitán, y entonces te llevaré en mi camarote.

LOS GATITOS REVOLTOSOS



NINA, la respetable y metódica gata, parecía hallarse completamente absorta en el laberíntico trabajo de recoger los puntos sueltos de su calceta. Sin embargo, no dejaba de mirar, con el rabillo del ojo, á sus tres hijuelos, Micifuz, Marramaquiz y Miau, tres gatitos monísimos, pero inquietos y traviesos como verdaderos diablos.

—Vamos, hijos míos—díjoles con aparente severidad:—No olvidéis que, aunque parece que trabajo, no dejo de observaros.

—Si no hacemos nada malo, mamá—maulló Micifuz.

—No, no hacéis nada malo—replicó su madre,—pero tenéis unos juegos demasiado ruidosos. Cuando yo era más joven, y aun en la época en que era más pequeña que vosotros, no me acuerdo de haber jugado nunca y, sobre todo, de haber hecho tanto ruido.

—Claro está que no te acordarás—observó Miau, que era el más atrevido de todos.

—¿Y por qué está claro, vamos á ver?—repuso la gata.

—Muy sencillo—contestó Miau imperturbable, aunque con cierto dejo de sorna en la voz.—Porque hace ya tanto tiempo, que forzosamente has de haber perdido la memoria de ello. Cuando tengamos tu edad, tampoco nos acordaremos nosotros de lo que hacemos ahora.

La respetable y anciana gata quedóse con un palmo de narices al oír esta impertinencia, y, no sabiendo qué partido tomar, optó por volver á concentrar su atención en el laberíntico trabajo de recoger los puntos sueltos de su calceta.



LA JIRAFa VANIDOSA



ERASE una jirafa hermosa, de un pelo color canela, brillante, y manchado á trechos con matices negros más brillantes aún.

Cierto día fué á la ciudad, compróse todo lo necesario y, una vez aderezada como el más exagerado gomoso, volvióse al campo; pero cuál no sería su sorpresa, al ver que todas sus compañeras se reían de ella á mandíbula batiente.

Llena de indignación, corrió á mirarse en las claras aguas de un arroyo y, al verse reflejada en la corriente, bramó llena de ira:

—¿Serán estúpidas? Y, sin embargo, creo que nunca he estado tan hermosa; ¿no es

verdad, señora Luna?—añadió, dirigiéndose al astro de la noche;—¿verdad que mis compañeras son unas imbéciles y que usted admira la elegancia y distinción de mi porte?

—La imbécil eres tú—repúsle la pálida Diana con supremo desdén;—si no lo fueras, no habrías tenido la loca vanidad de querer salirte de tu esfera. ¡Vamos, quítate esos ridículos trapos y vuélvete con tus compañeras, estúpida! Si quieres parecer hermosa, bástete presentarte tal como la Naturaleza te ha hecho. ¡Cuántos hay como tú, que, por querer parecer mejor de lo que son, sólo consiguen ponerse en ridículo!

La vanidosa jirafa, al oír esta filípica, agachó el gigantesco cuello, y se apresuró á obedecer al astro de la noche.



BIBLIO
ESC. N° 18
ESC. N° 11

EXPERIMENTAL SAN MARTÍN

LIBRERIA JOSE M. ESTEAD

JOSE M. ESTEAD

ESC. N° 18

1971 SAN MARTÍN

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del aene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Ar. guo Testamen- to.)
Lecturas de la Historia Sa- grada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.

El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Mete- rete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isia desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.

Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que some.
Cuentos de los hermanos Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | | |
|-------------------------------------|---|---|
| 1. El molino de los pájaros. | 22. Un Charlot del mundo animal. | 41. Miguel Strogoff. (Prime- ra parte.) |
| 2. Corazones dormidos. | 23. Un experimento del doc- tor Ox. | 42. Miguel Strogoff. (Segun- da parte.) |
| 3. Flores de juventud. | 24. Un drama en los aires. | 43. Las Indias negras. (Pri- mera parte.) |
| 4. La vanidosa Alicia. | 25. Por mentir. | 44. Las Indias negras. (Se- gunda parte.) |
| 5. El espadachín. | 26. Rosina. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 6. El heredero. | 27. Paquito el explorador. | 46. Los huevos de Pascua. |
| 7. La fuerza del bien. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. | 47. La guirnalda de flores. |
| 8. El sueño de Pepito. | 29. El Angel. | 48. La Paloma. — El Cana- rio. |
| 9. Juegos y hazañas de ani- males. | 30. Ib y Cristina. | 49. El canastillo de flores. |
| 10. Cuentos de Andersen. (Tomo 1.º) | 31. El último sueño del ro- ble. | 50. El honrado Fridolin. |
| 11. Cuentos de Andersen. (Tomo 2.º) | 32. El cofre volador. | 51. La «Granja de los Tilos». |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 33. El tío «Cierra el ojo». | 52. Rosa de Tanemburgo. |
| 13. Robinson. | 34. La virtud del borrico. | 53. El niño del pájaro. |
| 14. El teatro de los animales. | 35. Fábulas de Iriarte. | 54. La cruz de madera. |
| 15. Verdades y fantasías. | 36. En otros tiempos. | 55. El Condesito. |
| 16. Mimos de niña. | 37. La campana. | 56. La condesa Ida. |
| 17. El instinto de los ani- males. | 38. Los forzadores del blo- queo. | 57. Héctor Servadac (1.º) |
| 18. El amor y la guerra. | 39. Una ciudad flotante. (Primera parte.) | 58. Id. id. (2.º) |
| 19. El premio gordo. | 40. Una ciudad flotante. (Segunda parte.) | 59. El maestro Zacarias. |
| 20. Un ministerio de ani- males. | | 60. Martín Paz. |
| 21. La picara vanidad. | | |